

## Pregunta

## Gobierno, ¿Para qué?

POR LORENZO MEYER

CADA vez que tiene lugar una crisis dentro de la crisis actual, el gobierno tiende a enconcharse, al menos en el primer momento. Así pasó cuando el sismo de 1985 y así está sucediendo ahora, con la gran devaluación del peso que siguió al crack de la Bolsa de Valores y a la fuga de capitales, y a la que seguirá, como la sombra al cuerpo, una gran inflación. Fue un subordinado del Presidente, el secretario de Hacienda y no el Primer Mandatario, el que intentó, con regular resultado, formular una respuesta —más técnica que política— a las inquietudes sin fin de la sociedad. El candidato del partido oficial, experto en economía y de gira en Michoacán, también prefirió el silencio. El liderazgo político del México oficial tiene algo de olímpico: en los momentos cumbres prefiere gobernar con el gran silencio de las alturas solitarias.

\*

HASTA fechas recientes el análisis político en torno a México partía de un supuesto básico que se creía evidente: aquí —y en contraste con otros países latinoamericanos— el Estado, el régimen y el gobierno eran relativamente fuertes y la sociedad débil. Los hechos recientes sugieren que los politólogos debemos revisar ese supuesto: el Estado parece ser cada vez menos, menos, fuerte, cada vez menos capaz de cumplir con sus compromisos básicos. La sociedad, por su parte, no se ha fortalecido, pero cada vez parece menos resignada a tolerar las ineficiencias y la corrupción de una clase política echada a perder por el largo disfrute de un poder sin rivales.

El primer deber de un

gobierno es defender a la sociedad de sus enemigos externos. En fechas recientes el Presidente introdujo en la fracción X del artículo 89 de la Constitución los principios básicos de nuestra política exterior, empezando por el de autodeterminación. Sin embargo, esta reforma de papel la contradice a gritos la realidad. Con una deuda superior a los cien mil millones de dólares, buscando desesperadamente cambiar el mercado interno por el

externo como motor de la economía, dependiendo de la exportación de una materia prima —el petróleo— para poder cumplir con los compromisos externos, sin autosuficiencia alimentaria, exportando trabajadores indocumentados al país vecino del norte, etcétera, hoy somos más dependientes, menos capaces de autodeterminación que hace cincuenta o que hace veinte años. Una política gubernamental que no era inevitable nos ha dejado muy vulnerables ante el enemigo externo.

\*

EN los orígenes de la teoría política, los griegos propusieron que el fin último de la política, es decir del poder, era conducir a los ciudadanos de la polis por la senda de la virtud. En el México actual hablar del contenido ético de la acción gubernamental es casi tan irrelevante como hablar de las bondades de una dieta vegetariana en una isla de canibales. Entre nosotros, casi cualquier joven en edad de empezar a formar su cultura cívica, sabe muy bien que la corrupción entre los llamados servidores públicos es muy alta; sabe también que el grueso de esos funcionarios poco escrupulosos nunca recibirá castigo alguno, y que incluso algunos de ellos son presentados sistemáticamente como ejemplo de éxito político por la propia élite dirigente. El caso de Miguel Alemán es la regla y el de Arturo Durazo la excepción (¿temporal?)

Allá por el siglo XVI los estándares de la excelencia política habían bajado. El realismo brutal de Tomás Hobbes en *El Leviatán*

justificó la corrupción y los excesos de los príncipes a cambio de un solo servicio a la sociedad: sacarla del estado de naturaleza, donde la vida era "solitaria, pobre, desagradable, brutal y corta" y darles a los súbditos seguridad en sus vidas y bienes. Cuatro siglos después y aquí, el gobierno no parece cercano a cumplir con tan elemental deber. No hace mucho, un periódico capitalino (*La Jornada*, 17 de noviembre) informó que, según las estadísticas disponibles, las posibilidades de que sea arrestado algún acusado de cometer un delito en el Distrito Federal —y los delitos denunciados son únicamente una fracción del total— son de una contra nueve. Nuestro aparato policial es de tal naturaleza que en 68% de los casos

25-XI-87

ni siquiera se podrá determinar quién es el presunto responsable.

En Tamaulipas, según nos informó Raymundo Riva Palacio (EXCELSIOR, 12 de noviembre), las bandadas armadas (que surgieron de la propia Universi-

dad del estado!), y que lo mismo sirven a los petroleros que a los narcotraficantes, tienen la capacidad de atacar las oficinas de la misma Policía Judicial cuando ésta comete la osadía de actuar en contra de algunos de sus jefes. Y, desde luego, en el eje Tampico-Ciudad Madero las

autoridades formales, empezando por el gobernador, son meros accidentes frente al gran poder de facto de los caciques, empezando por el líder de los petroleros, Joaquín Hernández Galicia "La Quina", siguiendo con Gerardo Gómez Castillo, el de los alijadores, y luego una cadena tan larga como antigua. Si a lo anterior le añadimos a todos los Rafael Caro Quintero que ha producido en fechas recientes el narcotráfico (y que cuando caen en la cárcel la pasan mejor que 95% de los mexicanos que viven de un trabajo legítimo, según los reportajes aparecidos en este diario el 10 y el 11 de noviem-

bre), entonces podemos decir que nuestro Leviatán, tan autoritario como el que Hobbes tenía en mente, nada más no pasa la prueba básica que justifique su existencia, por no estar cumpliendo su parte en el contrato social que tiene con los mexicanos (¿o aquí no hay contrato social?)

★

**E**l régimen postrevolucionario mexicano legitimó en la práctica el dominio ininterrumpido y casi absoluto del gobierno por un solo partido, no por la vía de la justicia social sustantiva, de la democracia política, de la existencia de un verdadero estado de derecho o de la

honestidad de los funcionarios, sino por la vía del pragmatismo: su efectividad económica. Por su capacidad para mantener un ritmo de crecimiento de la economía sostenido y superior al crecimiento demográfico. Pero hoy esa justificación se está evaporando.

Carlos Salinas, el candidato del partido oficial, declaró en Colima el 18 de noviembre —es decir, justo cuando ocurrió la gran devaluación— que la tarea política inmediata era "consolidar la recuperación económica que ya observamos", pero resulta que eso que él y los suyos ven de manera tan clara —la recuperación económica— es

invisible para un gran número de mexicanos, para la mayoría. Lo que éstos ven, en cambio, es una inflación que no cede sino que se agrava, una tasa de crecimiento anual promedio negativa del producto interno bruto a todo lo largo de este sexenio, una pérdida del poder de compra del salario de 48% desde 1982 hasta la fecha,

un déficit fiscal que parece ser propio de un país en guerra, etcétera.

Hoy por hoy, muchos mexicanos, sin ser anarquistas, pero sí víctimas de una enorme frustración, inseguridad, desaliento y resentimiento hacia una élite política que no ha sabido estar a la altura de las cir-

cunstancias, nos preguntamos: gobierno, ¿para qué? Necesitamos escuchar una respuesta positiva y convincente de nuestros líderes; de lo contrario asentará sus reales en estas tierras la decadencia política y la ruina de un sistema que ha sido el más estable de América Latina.